



Fotograbado 9.—Paten que, según la tradición, usó N. S. Jesucristo en la institución de la Santa Eucaristía (1).

Es una copa de vidrio, color esmeralda y se conserva en la Iglesia de San Lorenzo de Génova.

sobre ellas se pone el cáliz; tienen además la particularidad de estar recubiertas de una estrella de oro ú otro metal precioso, compuesta de cañas dobladas en arco y cruzadas, las cuales rematan en una pequeña cruz, con el objeto de tener levantado el velo á fin de que no toque las sagradas especies; á este instrumento litúrgico, llaman los griegos *Asterisco*. Simboliza semejante instrumento la estrella que guió á los Reyes Magos para que hallasen á Jesucristo recién nacido.

27. Después de haber descripto la patena, podemos pasar á consignar algo sobre los *corporales*. Entre todos los requisitos indispensables para la celebración del santo Sacrificio no hay ninguno que indique tanto la pureza y santidad de la adorable Víctima, como los preciosos y blanquísimos lienzos designados con el propio nombre de corporales. Se sabe que José de Arimatea, después de haber embalsamado el adorable Cuerpo del Salvador, le envolvió en una límpísima sábana y le colocó en el sepulcro. No otro oficio desempeñan los blancos lienzos, llamados corporales, con el Cuerpo Sacramentado del Señor. Al modo que aquella sábana estuvo en inmediato contacto con el Cuerpo muerto de Jesús, así éstos tocan la Hostia y Cáliz consagrados, que por el mismo contacto se les da el nombre que llevan; su antigüedad se remonta á los mismos principios de la Iglesia, que los usó en conmemoración de la sepultura del Redentor; sin

(1) Dibujo del autor.

embargo, no siempre eran de lino; algunas veces lo eran de tela ordinaria. En 324 ordenó S. Silvestre, (1) que en lo sucesivo los corporales no se hiciesen de seda, ni de algún otro paño teñido, sino de lino, *ex terra procreato*, producido por la tierra; y da la razón que mencionamos antes, «porque el cuerpo del Señor fué envuelto y sepultado en una límpia sábana de lino».

Los corporales se colocaban, como en nuestros días, sobre los manteles del altar con objeto de que las sagradas Especies tuviesen su asiento sobre los mismos. Los griegos colocan además sobre los corporales el libro de los santos evangelios para indicar la santidad de su Autor.

Hay que notar que en los primeros siglos de la Iglesia, costumbre aun vigente entre los griegos, los corporales eran de mayores dimensiones que los de hoy, pues, cubriendo todo el altar, y colgando por sus dos lados, había lo suficiente para que estando doblados cubrieran todas las patenas llenas de panes, á veces en gran número, y el cáliz. Puede comprenderse asimismo qué anchura tendrían, pues se necesitaban dos diáconos para extenderlos y doblarlos.

Con el tiempo fueron reduciéndose, especialmente desde que se aumentó el número de misas privadas, hasta llegar á las dimensiones que tienen hoy día.

28. Para ministrar el vino en la Misa usaba la primitiva Iglesia de una especie de jarra, llamada *Ámula*. Las había de bastante magnitud y de considerable peso, manejadas por los diáconos, que recibían el vino ofrecido por los fieles en el ofertorio. Blanchini (2) tiene reproducida una de estas *ámulas*, atribuída al siglo IV, y en la que está dibujado el milagro de Caná de Galilea, como para dar á entender el poder que tiene el presbítero para transubstanciar el vino en la Sangre del Salvador, así como este Señor convirtió el agua en vino (*Fotograbado 10*). Estas *ámulas* eran de varias materias, siendo de plata la que acabamos de mencionar. Cuando en la Iglesia cesó la costumbre de hacer seme-

(1) 2.º Concilio Romano.

(2) In vita S. Urbani.



Fotograbado 10.—Ámula ó vinajera de los primeros siglos

jantes ofrendas, cesó igualmente el uso de estos vasos, siendo sustituidos por las vinajeras.

29. La *esponja litúrgica* es un sagrado instrumento usado entre los griegos, que consta de una esponja finísima, de bastante magnitud, que sirve para purificar el cáliz y la patena. Es enteramente desconocida de los latinos, pues éstos usan en su lugar un blanco y pequeño lienzo al que denominamos *purificador*. Aunque aquélla simbolice la esponja que los judíos empaparon con hiel y vinagre para darla á beber al Salvador, sin embargo, tiene el inconveniente de que si se adhiere á sus naturales orificios alguna partícula, quede allí sin poder ser extraída, de lo cual estamos libres los latinos usando el mencionado lienzo. Terminado el Sacrificio, los griegos conservan la esponja con mucha veneración en un corporal doblado, para impedir el pol-

vo y los insectillos; así es como en cierto modo evitan el inconveniente. El uso de la esponja litúrgica no sólo no está reservado á los griegos, sino que la usan igualmente los sirios y otros pueblos orientales.

30. Con frecuencia sucede al tiempo de la Celebración, que el calor y las moscas molestan demasiado al sacerdote celebrante, y aun hay peligro de que alguna de éstas se ponga sobre la Hostia y el Cáliz. Para evitar tales inconvenientes usó la Iglesia desde un principio del *abanico eucarístico*, (*Flabellum*,) instrumento tomado de los paganos, quienes se servían de él en las termas, durante el baño, para no sentir calor, usándolo por igual motivo los médicos cuando visitaban las habitaciones de los enfermos, y por su medio los sacerdotes gentílicos activaban también el fuego de los sacrificios.

Como semejante instrumento no tenía en sí mismo nada de pernicioso, la Iglesia, que busca en todas las cosas la gloria de Dios, lo adoptó para el acto solemne del Sacrificio, á fin de que los fieles respetasen sobremanera la presencia eucarística, resultando, que un instrumento que hasta entonces había sido enteramente profano, quedó por decirlo así cristianizado.

Hubo varias clases de abanicos litúrgicos. El de los latinos consistía en una colección de plumas de pavo real sujetas por la parte del cañón á un mango que podía ser de distintas materias; el ministro lo cogía por el mango y lo agitaba incesantemente al lado del celebrante; solía ser también de membranas muy finas ó de hojas de palma; pero el primer modo era el más usado. De él hablan las Constituciones Apostólicas (1), cuando refieren que durante la celebración de los santos Misterios, desde la oblación hasta la comunión había dos diáconos colocados á ambos extremos del altar que no cesaban de agitar los abanicos para los efectos indicados. S. Germán, patriarca de Constantinopla, afirma que no se hacía uso de los abanicos hasta la oración do-

(1) VIII, 9.

minical, y de S. Epifanio se cuenta que un día, durante el sacrificio, quitó el *flabellum* al diácono que lo manejaba, ya que éste se hallaba atacado de lepra, y lo dió á otro más digno; igualmente hablan de él las constituciones de las órdenes monásticas y el ceremonial de los dominicos.

El *flabellum* de los griegos tiene diferente forma que el de los latinos: afecta á un querubín con seis alas, el cual está fijado á una asta de madera; el ministro de este instrumento, en la mencionada Iglesia, es el diácono, pues por esto mismo el pontífice, entre otros objetos que entrega al diácono en su ordenación, uno es el abanico. (Fotograbado 11.)

Este objeto litúrgico afecta diferente forma entre los maronitas y armenios. Es de figura circular, cubierto de láminas de metal, rodeado de campanitas, y en la parte superior del mango lleva desplegada una bandera. Usado entre los griegos, la Iglesia latina dejó de servirse de él á partir del siglo XIV. Sin embargo, hoy día, estos *flabellum* son llevados delante del Pontífice supremo cuando en las solemnidades se le conduce en la silla gestatoria.

31. Uno de los instrumentos con que la Iglesia da al Supremo Ser el culto que le es debido, es el *incensario*. Parece que no posea otro aparato más digno para el expresado objeto. Ver á un ministro del Altísimo con el incensario humeante en la mano y que, arrodillado sobre el suelo, envía á la Majestad del Dios excelso las nubes de perfumado incienso, es contemplar el acto de adoración más sublime de cuantos el hombre puede prestar á su Autor. Por esta razón, todo el que se halla presente á uno de estos bellos actos, no puede menos de considerar la grandeza y supremacía del Eterno sobre todas las cosas.

Hablaremos en primer lugar de su forma: sabemos ciertamente que el incensario de la Sinagoga consistía en una urna semejante á una copa de nuestros tiempos, achatada y cubierta por la parte superior, en la cual había varios agujeros distribuidos según el gusto del artífice, á fin de dar paso al humo del incienso puesto en contacto con unas brasas colocadas de antemano en el fondo del vaso. De este

modo dispuesto, era asido del pie por el sacerdote, quien, levantándolo á la altura del rostro, lo presentaba ante el altar y ofrecía á Dios el honor debido. Semejante á éste eran los incensarios de los primitivos tiempos de la Iglesia, ya que en verdad la Esposa del Cordero, siendo como es la legítima heredera de la Sinagoga, conservó ó imitó aquellos de sus ritos que podían acomodarse al culto de la nueva Ley.

Según Martigny (1), la prueba de que la forma de los incensarios primitivos era del modo indicado, es que hasta el siglo XII, ó á más remontar al X, no se usó el balancearlos por medio de cadenas, las cuales eran unas veces tres, otras cuatro y en ocasiones una sola; mas en honor de la verdad, y sin intención demolestar á este célebre autor, no puedo conformarme con su opinión, por conservarse monumentos que acreditan el uso contrario, según el lector puede observar en nuestro grabado 22. La materia de los turíbulos era de oro ó plata, ó también de otros metales más ínfimos. El gran Constantino regaló á la Iglesia de S. Juan de Letrán dos incensarios de oro puro, de 30 libras de peso, y otro que pesaba 15, realzado por margaritas. El incensario recibió en los tiempos antiguos varios nombres, como *thymiaterium*, *thuricremarium*, *incensarium*, *fumigatorium* (2). Se usaba particularmente en el santo Sacrificio y en las procesiones ó estaciones, según veremos más adelante.

32. Correlativo al uso del incensario es el del incienso. No hay necesidad de ir aduciendo autoridades para probar sólidamente este hecho, ya que, desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días, ha habido una serie no interrumpida de graves autores que lo acreditan y de monumentos que lo confirman. La liturgia de Santiago, los testimonios de San Dionisio Areopagita, de S. Crisóstomo, de S. Hipólito, de S. Ambrosio y S. Efrén, expresan bien claro el uso que de este agradable perfume hacía la Iglesia. He aquí el testimonio de S. Efrén: «Quemad incienso en el santuario, mas ha-

(1) Dicción. de antig., art. incensario.

(2) Que vertidos á nuestro vulgar significan lugar de tymiamas, quemador del incienso, incensario y fumigatorio.

ced mis funerales con oraciones: ofreced perfumes á Dios, y á mí dadme salmos». Antiguamente era quemado este precioso aroma en ocasiones del culto divino y para cosas meramente sagradas; hoy día, algunos, con pretexto de que es excelente para desinfectar el ambiente ó también por tener el gusto de saborear su fragancia, lo queman indiferentemente en ambos casos. No apruebo semejante conducta; en primer lugar, porque el incienso es propio y exclusivo de Dios á quien tributamos por su medio el culto debido, especialmente después que lo ha escogido la Iglesia para el mencionado objeto; y en segundo lugar, porque existen otros buenos desinfectantes que proporciona la farmacia, y otros muchos y muy variados aromas que preparan los perfumistas para el recreo de los aficionados á la vanidad y pasatiempos.

33. Había una cajita destinada á conservar el incienso, que los antiguos llamaban *acerra* y Servio denomina *arca thuralis*. Tenía por objeto proporcionar á los diáconos, ministros ordinarios del turíbulo, el incienso, quienes lo tomaban de la cajita mediante una cuchara algo diferente de las de nuestros tiempos. Con el tiempo varió la forma de la *acerra* y tomó la de una navecilla, y de aquí el nombre que los franceses le dieron de *navette* ó naveta. En algunas catedrales tiene la forma de un libro ó de un hermoso caracol, etc. adornados con láminas de oro ó plata.

34. Hasta aquí hemos hablado respecto á los utensilios que la primitiva Iglesia adoptó para la celebración del santo Sacrificio en los domicilios particulares; réstanos ahora, decir algo acerca de los vasos sagrados que en estos mismos lugares se usaban para custodiar el Sacramento Santísimo.

No era exclusivo de los domicilios cristianos el custodiar la sagrada Eucaristía en los vasos que vamos á mencionar, sino que se extendía á todos los lugares en que se celebraba el tremendo Sacrificio, y se tenían las asambleas de los fieles. Los terribles y sacrosantos Misterios, como llamaban los antiguos Padres al Santísimo Sacramento, por ser lo más santo y más venerable que existe en la tierra, eran



Fotgrabado 11.

Reproducción de una antigua miniatura de la biblioteca Barberini.—Representa á un diácono agitando el *flabellum* sobre la cabeza de un sacerdote que celebra.

depositados con justicia en exquisitos vasos, entre los cuales mencionaremos en primer lugar el *ciborio*, que consistía en un pabellón, baldaquino ó dosel que, colocado encima del altar de las grandes Basílicas, en el de las catacumbas y casas particulares, era sostenido por dos, cuatro y hasta seis columnas, formando un pequeño templo, de figura semiesférica y arqueado en sus cuatro frentes. La parte superior terminaba á modo de cúpula, en cuyo vértice se colocaba la cruz. En algunos lugares había dos ciborios, uno debajo del otro, de los cuales el mayor descansaba en el suelo, apoyando el menor sus pilares en el mismo altar. Éste era llamado *peristerio* ó *columbario* porque custodiaba la paloma dentro de la cual estaba el Augusto Sacramento. Había ciborios que cubrían todo el altar, y estaban generalmente adornados de flores. Los había de diversas materias; algunos eran de oro y plata, adornados de esmalte y piedras preciosas. Así se ve uno en Monte-Casino en el altar erigido sobre el sepulcro de S. Benito, el cual es de plata guarnecido de oro y esmalte; los había también de mármol y pórfido. Bosio encontró uno de elegancia especial, y adornado de pinturas y follajes, en el cementerio de

Panfilo, en la Antigua Vía Salaria. En otros cementerios, como los de los Santos Marcelino y Pedro, existía un ciborio en una de sus cámaras.

Unidos á las arcadas ó á las columnas del ciborio, pendían unos velos que cubrían la parte anterior del tabernáculo y la del altar. Estaban corridos durante la misa hasta la consagración; mas al llegar á ésta se descorrían con objeto de que el pueblo se fijase en el altar y adorase la santa Hostia que inmediatamente iba á levantar el sacerdote. Así acontecía en las iglesias latinas; pero en las griegas no tenía esto lugar hasta poco antes de la Comunión, tiempo en que los griegos elevan al Sacramento para que sea adorado del pueblo.

35. Dijimos que el ciborio menor se llamaba *peristerio*, porque contenía la paloma que guardaba la Eucaristía. Ciertamente; desde los albores del Cristianismo poseyó la Iglesia esta clase de vasos sagrados, á fin de reservar al Santísimo Sacramento para los enfermos. En la vida de S. Basilio, atribuída á S. Anfiloquio, se dice que «luego que hubo aquel santo padre dividido el pan en tres partes, puso la tercera en la paloma de oro que suspendió sobre el altar». S. Perpetuo, obispo de Tours, dispuso en su testamento á favor de un sacerdote llamado Amalarico, de un *peristerio* ó ciborio menor y de una paloma. En dos concilios tenidos en Constantinopla, el uno año de 518 y el otro 18 años más tarde, dieron quejas los clérigos y monjes de Antioquía contra su patriarca, el hereje Severo, porque les había robado las palomas de oro y plata que estaban sobre el altar y en los bautisterios. S. Gregorio de Tours, en el libro primero de la Gloria de los Mártires, refiere el siguiente hecho: «Como un soldado intentase echar abajo con su lanza la paloma de oro que estaba sobre el cuerpo y el altar de S. Dionisio de París, cayó en tierra y se abrió el costado con su propia lanza». Otros muchísimos documentos pudiéramos aducir para comprobar que la paloma era el antiquísimo vaso sagrado destinado para reservar la Santa Eucaristía. Así debía de ser, ya que la paloma simboliza la pu-

reza, la sencillez y la paz de Dios con los hombres: místicas significaciones que son perfectamente adecuadas al tesoro que encerraban, y los primeros cristianos debían escoger un emblema que representara el sacrosanto Misterio. La paloma se hallaba asida á una preciosa cadenilla, y, suspendida del *peristerium*, bajaba hasta una distancia corta del altar, tanto en las iglesias como en los bautisterios, pues en éstos, la Eucaristía estaba reservada también para los recién bautizados, según afirman muchos santos Padres (1). La abertura correspondiente para colocar el Sacramento en el fondo de la elegante ave estaba situada en el pecho ó en las espaldas de la misma, en cuyos lugares había una tapadera que hacía ingeniosamente su efecto. La materia de estos vasos era en un principio de oro finísimo; luego comenzaron á fabricarse de plata, como la que dispuso en su testamento S. Perpetuo, que ya hemos mencionado; las hubo asimismo de cobre dorado, como la que vió Mabillon en el monasterio de Bobio; también se construyeron de otros metales, como la que vió el benedictino P. Chardón, en el tesoro de la abadía de S. Uaast de Varras, la cual ni era de oro ni de plata, sino de otro metal que, como dice él, no recuerda (2). El P. Martene atestigua que vió otra colgada de un altar en la iglesia de S. Mauro de Fosses (3). Seméjantes tabernáculos fueron propios de Oriente y muy usados en Francia, según atestigua el P. Chardón, en el lugar citado, y aun hoy día se encuentran en algunos lugares. Aunque la paloma de plata de la parroquia de Aguilar (España) no está sobre el altar á imitación de las precedentes, sin embargo se usa para llevar la sagrada Eucaristía á los enfermos. (*Fotografado 12.*)

36. El abate Martigny (4) pretende sostener que la paloma eucarística, al menos en Italia, nunca formaba por sí

(1) Sobre todo, después de las persecuciones hasta el siglo VI, empezaron á construirse bautisterios al aire libre, llamados entre los griegos: *loca illuminationis*, y entre los latinos; *ecclesie baptismales*, *baptisterii basilicae*; y eran unos lugares espaciosos, semejantes á las iglesias aunque algo mas pequeños y poco separados de las mismas.

(2) Hist. del Sacram. de la Eucar. cap. 10.

(3) De antig. Ecle. rit. lib. 1, cap. 5, art. 9.

(4) Dic. de antig. eccles., art. Paloma.



Fotgrabado 12.

Peristera donde se conservaba la Santa Eucaristía, según se guarda en el Museo de Amiens (1).

sola Tabernáculo, sino que estaba encerrada en una torrecilla colocada sobre el altar; para probarlo aduce la autoridad de Anastasio el Bibliotecario, quien, hablando de los donativos hechos á las iglesias de Roma por diversos personajes, dice que el pontífice S. Inocencio I mandó fabricar una torre de plata con la patena y una paloma de oro, que pesaba 30 libras; éstas son sus palabras: *Turrem argenteam cum patena, et columbam deauratam pendentem, libras triginta*. Yo no descubro en semejantes expresiones la consecuencia que deduce el eruditísimo Martigny, ya que no mencionan que la paloma estuviese colocada dentro ó fuera de la torre. Que la paloma, como él dice, nunca se ofreciese sin la torre, es verdad, hablando en general; pero esto no prueba que estuviese en el interior de ésta, antes por el contrario, el uso de aquellos primitivos tiempos consistía en colocar la paloma encima de la torre, ó en su cúpula, según el mismo Martigny confiesa más abajo, en el título «Paloma eucarística», aduciendo para el efecto una reproducción de Botari, que es de un sarcófago antiguo en que á los pies de una mujer que está orando, se halla una baja to-

(1) Dibujo del autor.

rrecilla, coronada en su media naranja por una paloma; á más de que no había necesidad que hubiese dos vasos sagrados, uno dentro del otro, de los cuales la paloma había de contener el Sacramento, pues en este caso, la torre no era vaso sagrado porque no tocaba inmediatamente el Cuerpo de Cristo; mas es cierto, según confiesan todos los liturgistas antiguos, y el mismo Martigny, que había torres en las cuales el Sacramento era depositado inmediatamente, luego no es concluyente que la paloma estuviese encerrada en la torre. Así lo confirma Chardón (1) y lo prueba un antiguo sacramentario galicano, publicado por Mabillón, donde se contiene una fórmula de bendición para la torre eucarística, diferente de las que se emitían para consagrar el cáliz, la patena, y para bendecir los demás vasos sagrados: luego la torre era vaso sagrado. De igual manera se ha de entender la donación de Constantino hecha á la iglesia de S. Pedro, consistente en una torre de oro purísimo recamada de piedras preciosas, juntamente con una paloma de la misma materia, y la del papa S. Hilario que, semejante á la que regaló S. Inocencio papa, donó á la de Letrán.

Existieron otros santos varones que mandaron construir torres para la custodia de la Eucaristía. S. Remigio, arzobispo de Reims, ordenó en su última voluntad, que su sucesor hiciese construir una torre eucarística de un vaso de oro que pesaba diez marcos, el cual le había dado el rey Clodoveo; y S. Laudón, prelado de la misma ciudad, ordenó se fabricase otra torre de oro puro para colocarla en la iglesia catedral.

Finalmente, las torres de que nos ocupamos, estaban unas veces suspendidas del ciborio al modo que las palomas eucarísticas, según lo confirman la torre de plata de Marmoutiers (2), la de la iglesia de un monasterio de Tours, (3) que aún se conservaba en tiempo de los autores que las citan, y la argolla de hierro que, según Martigny, vió por sí mismo

(1) Lugar cit.

(2) Chardón. *Histor. de la Eucar.* cap. 10.

(3) Martene. *De rit. Eccles.*